

TRIBUNA LIBRE

Una opereta de espías

RAFAEL NAVARRO-VALLS

El fenómeno editorial de *El Código da Vinci* y la película que sobre el libro acaba de terminar Sony Pictures han saltado las fronteras del cine y la literatura de evasión para instalarse en el ámbito de la sociología de masas. Su versión escrita (cerca de 40 millones de copias, según Wikipedia) está generando corrientes de opinión superiores a la de cualquier *best-seller* habitual. La película, que inaugurará el próximo mayo el Festival Internacional de Cannes, cuenta con un presupuesto de 125 millones de dólares, aunque se ignoran los gastos exactos de producción. Sony ha pagado a Dan Brown seis millones de dólares por los derechos de autor, además de una cantidad indeterminada tras el estreno de la película. Esta inyección monetaria incrementa su fortuna personal, calculada por Forbes en unos 250 millones de dólares. Demasiado dinero para un producto que puede fomentar una gratuita intolerancia.

Esta «opereta de espías», como la ha denominado *The New York Times*, es un producto de fácil consumo, construido con el ritmo trepidante de un cómic trufado «de emperadores romanos antifeministas y papas contemporáneos que contratan en Nueva York, en la esquina de Lexington con la calle 34, asesinos albinos e imbéciles del Opus Dei». Se comprende que la Abadía de Westminster no haya aceptado que se filme en su interior. Razón: «el texto que sirve de base al guión –según un portavoz de la abadía– es teológicamente ridículo y puede herir sensibilidades de amplios sectores de la población». Por ejemplo, cristianos en general o miembros e instituciones de la Iglesia católica; e incluso determinados grupos humanos, como los albinos. De hecho, acaba de producirse una protesta de los 17.000 albinos estadounidenses, agrupados en la Asociación de Albinos e Hipopigmentados Americanos (NOAH), hartos de que Hollywood continúe con esta película el viejo estereotipo del malvado albino. Si, como afirma

Sony, el guión sigue los pasos del libro, es muy probable también que genere odio hacia la Iglesia católica en personas sin puntos de referencia claros y que aumente la crispación social en materia religiosa.

La novela –y muy posiblemente la película– son algo más que superventas al uso. Han puesto en marcha unos resortes inusuales en los productos de su género. Precisamente en ese punto –el género– se encuentra parte de la clave de su éxito. Brown ha construido un producto híbrido, con elementos de muy diversos géneros: novela de acción y misterio, novela negra, trama de investigación, literatura fantástica, manifiesto ideológico...

«El Código da Vinci»
utiliza toda una serie
de argumentos,
verdaderos o falsos,
para reflejar que
la Iglesia es asesina
y mentirosa»

Los resortes que ha utilizado se suelen denominar en el lenguaje cotidiano los «grandes temas». La guapa francesa y el listo americano no intentan descifrar en este caso el asesinato de turno, sino la verdad histórica de Cristo; y al final no encuentran un cadáver en una casa abandonada, sino la mismísima tumba de María Magdalena bajo la Pirámide de Cristal del Louvre parisino. Mientras tanto, el asesinato en la sombra –un monje supuestamente perteneciente al Opus Dei (en el Opus Dei no hay monjes)– es Silas, un albino de ojos rojos que arrastra un turbio pasado. Su padre, un forni-

do estibador, lo golpeaba de pequeño, y por eso acabó retorciéndole el pescuezo a un estibador que se le parecía. Se comprende el divertido respingo del único Silas realmente perteneciente al Opus Dei (Silas Agmim, un *brother* afroamericano instalado en Brooklyn, desde luego nada albino) cuando tuvo noticia de este peculiar personaje. Aunque también es posible que pensara, resignadamente, que a él – y a otros como él– le había tocado poner las espaldas ante los zurriagazos de ficción dirigidos más arriba.

Uno de los récords del libro ha sido lograr una crítica unánime. Ningún comentarista de Estados Unidos, de Inglaterra, Francia o España lo ha valorado positivamente. La opinión culta ha sido universalmente demoleadora. La razón estriba en el peculiar modo que tiene Brown para elaborar sus libros. Hace unos días, *The Times* y otros periódicos británicos dieron a conocer un documento presentado en diciembre por Dan Brown ante un tribunal inglés, que ha estudiado una demanda de plagio contra él, que no ha llegado a prosperar. El documento, de 69 páginas, es un alegato en el que el escritor norteamericano revela las claves de su obra. Según Brown, «todas mis novelas están pensadas en 24 horas». Su gran descubrimiento para hacer una novela con éxito es que hacen falta tres elementos esenciales: una especie de fuerza oculta, como una sociedad secreta o una agencia del gobierno; una gran idea que contenga un fondo moral gris; y un tesoro. Bryan Curtis (*Slate*, 22 marzo 2006) comenta con ironía el alegato de Brown. Para Curtis, los tesoros en las cuatro novelas de Dan Brown han sido un meteorito, la antimateria, un anillo de oro y el Santo Grial. Las fuerzas oscuras incluyen al Priorato de Sión o la Agencia Nacional de Seguridad. La gran idea, según Curtis, sería algo como esto: ¿es el Vaticano bueno o malo?, ¿está con nosotros la Agencia de Seguridad Nacional o contra nosotros? La mezcla de los tres elementos da lugar a un cóctel explosivo o, por lo menos, indigesto.

No hay terreno cultural por el que se adentre el autor que resista un análisis serio. Por ejemplo, en lo que se refiere a la Historia, no se basa en la Historia real, ni en documentos conocidos. Sólo recoge lo que le resulta útil, verdadero o falso, para apoyar su teoría de que la Iglesia es asesina, mentirosa... No duda en manipular y desfigurar los datos que necesita para avalar sus afirmaciones, cuando no se los inventa sencillamente. Eso sí, mezclando sus invenciones con datos parcialmente reales.

Lo mismo se puede decir del terreno artístico. En este caso, no han sido los especialistas, sino los simples conocedores de Leonardo los que han manifestado su crítica, también generalizada. Y algo parecido ha sucedido en el ámbito religioso. Ningún estudio de las religiones lo ha tomado en serio; entre otras razones, porque es patente que el autor desconoce los datos elementales sobre la materia. Brown sostiene, con prejuicio anticatólico nada disimulado, que la Humanidad ha sido engañada por la Iglesia acerca de Cristo durante 20 siglos, apoyándose en lecturas parciales de escritos fantasiosos de la literatura *new age*; del libro *El enigma sagrado*; de las teorías gnósticas...

El *fenómeno da Vinci* muestra los frutos de la cultura de la sospecha, del *pensiero debole* y del estado mental de duda característico de cierta sociedad actual. Estos elementos han acabado generando esa actitud de credulidad acrítica que está en su base. Parece como si un sector de la población estuviera dispuesto a tener fe en lo que desea creer, siempre que se le sugiera que es falso todo lo que suponga alguna exigencia moral y se le diga de forma amena. Si la realidad va por otro lado, siguiendo el viejo dicho periodístico, peor para la realidad. El género humano, como advertía Eliot, no soporta demasiada realidad. Al menos, cierto género humano.

El Cristo de Brown es falso, pero tiene la ventaja práctica de ofrecer poca exigencia, nada que valga la pena. Su cristianismo es también falso —no tiene cruz y está minado de prejuicios anticatólicos— pero es mucho más *light* que el real. La historia y la religión de Brown son muy *prêt-à-porter*, completamente casual, de quita y pon. Pueden usarse según convenga y colgarse en el perchero cuando resulten incómodos.



Lo que me resulta especialmente sugestivo, más que el libro, es el aludido *fenómeno da Vinci*, que pone de relieve —en contra de lo que pudiera pensarse— el interés generalizado acerca de los grandes temas, como la búsqueda de la verdad, la figura y el mensaje de Cristo, la fe o el sentido de la vida. Desgraciadamente, la respuesta del autor ante esas grandes

preguntas es decepcionante. Algo así como ofrecer un culebrón a los interesados en las auténticas pasiones humanas. Dan Brown no es precisamente Dostoyevsky.

Rafael Navarro-Valls es catedrático de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense de Madrid.

ULISES